

UNA TEOLOGÍA DE LA EMPATÍA

Rabino Arthur Green

Describiendo a la «mujer perfecta» el rey Salomón dice: «Es como nave de mercader que de lejos trae su provisión» (Pr 31, 14). A vosotras, mujeres fuertes y líderes en vuestra grande iglesia, os agradezco haber optado por traer vuestro alimento espiritual de tan lejos, haciéndome venir de Boston a Roma y, de manera más significativa más allá del abismo que separa nuestras dos tradiciones-hermanas, sacadas de la misma fuente de la Escritura y de la palabra profética. Nuestras tradiciones vienen de una misma cepa, pero han estado separadas por un gran muro de sangre, de lágrimas y de dureza de corazón. En el curso de estos últimos decenios se ha abierto una brecha, en parte gracias a la memoria de numerosos miembros de órdenes femeninas que arriesgaron su vida para salvar a niños judíos durante la negra noche que cayó sobre nosotros en este continente, y también gracias al gran cambio en los corazones, introducido por el Vaticano II y el espíritu del Papa Juan XXIII, de feliz memoria. Aunque no soy católico, rezo por su canonización. Estoy dispuesto a rezar durante mucho tiempo.

Me presento hoy, ante vosotras, como maestro, un maestro de maestros. He consagrado una gran parte de mi vida a la educación de rabinos como Presidente de un seminario, y después como fundador de otro seminario. Creo firmemente que el judaísmo, una de las grandes tradiciones religiosas del mundo tiene todavía mucho que ofrecer, a sus propios miembros y a las personas de la comunidad universal que están en búsqueda. Es necesario que rabinos formados recientemente busquen esta sabiduría, esta luz interior escondida en el corazón de nuestra Torá; que la descubran, la actualicen y la hagan accesible, de la misma manera que ha sido transmitida de generación en generación. Ésta es la tarea en la que estoy comprometido.

Realizo este trabajo desde un punto de vista particular. Yo no pertenezco a ninguna de las denominaciones muy conocidas del judaísmo, sino que me sitúo como un judío neo-hasídico. Esto significa que estudié las enseñanzas del hasidismo y me inspiró en ellas. El hasidismo es nuestro gran movimiento de piedad popular que se inició en Europa del Este y fue fundado por los discípulos de Ba'al Shem Tov. El Rabino Israel Master of the Good Name (Maestro del Nombre Bueno) entró en la eternidad hace 250 años, en este mes.

El hasidismo es una versión radicalmente simplificada de la Kabbalah, la tradición mística judía. Insiste en el hecho de que « la tierra entera está llena de la gloria de Dios » (Is 6,3) según las palabras del profeta, y que Dios puede ser encontrado en cualquier lugar y a cada instante. El fin de la tradición, de la oración, del ritual, es ayudarnos a abrir nuestro corazón a esta presencia. Al hacerlo, podemos levantar y liberar las chispas de luz divina que han caído sobre nosotros y alrededor de nosotros, y devolverlas a su fuente, al Único Dios.

El *neo*-hasidismo difiere del hasidismo clásico, que existe todavía y prospera de dos maneras importantes. Nosotros no compartimos el desprecio hasídico de la modernidad, especialmente de la educación moderna y de la ciencia. Aceptamos la legitimidad de la investigación científica e histórica y creemos que la religión debe adaptarse, por consiguiente, para responder a ella. Tampoco creemos que las intuiciones del hasidismo deberían aplicarse o ser limitadas sólo a los judíos. Sus enseñanzas se refieren a Dios y al espíritu humano y se expresan en numerosas y diferentes lenguas, en nuestra gran comunidad humana. Buscamos un judaísmo que

reconoce su lugar en este espectro maravilloso y coloreado, no un judaísmo que se coloca fuera de este espectro o que lo domina. Con este espíritu estoy hoy con vosotras, aquí.

Nosotros, los rabinos modernos, realizamos nuestro ministerio al lado de un pueblo bastante secularizado en su vida cotidiana. Un pueblo que no pasa mucho tiempo hablando con Dios o de Dios. Sin embargo, en muchas personas hay una profunda búsqueda de sentido, aun si no saben articularla con un lenguaje religioso clásico. Quieren encontrar un sentido a su vida. Tienen un sentimiento muy fuerte de que estamos llamados a contribuir para hacer el mundo mejor, reducir el sufrimiento humano y hacer crecer la bondad entre las personas. No es una coincidencia que los judíos estén presentes en todos los grupos de personas que defienden los derechos humanos y trabajan por disminuir el sufrimiento humano; no olvidemos que antaño fuimos esclavos en Egipto. Este recuerdo, junto a otros más recientes, nos impulsa a ayudar a los oprimidos y a las personas que sufren dondequiera que estén. El sentido de la familia y de los lazos inter-generacionales permanecen igualmente muy fuertes. Los judíos, incluso los que aparentemente tienen poca fe, o poco conocimiento del judaísmo, creen que tenemos una herencia preciosa que nos viene de nuestros ancestros y que tenemos el deber de transmitir a los hijos de nuestros hijos. A muchos se les dificulta comprender en qué consiste esta herencia, y sin embargo continúan tratando de transmitir alguna cosa.

Principalmente por este ciclo de vida y este sentimiento de herencia los judíos se dirigen a los rabinos y a las comunidades de las sinagogas. El nacimiento de un hijo, la educación en la tradición, la celebración de los puntos de referencia de la vida, la pérdida trágica de vidas humanas o la desgracia, el envejecimiento o la enfermedad de los padres, la muerte y el duelo, todo esto hace volver a los judíos de su búsqueda mundana para buscar sabiduría y consuelo en su tradición, apoyo personal y afecto de los rabinos y de otros miembros del clero.

En esos momentos se espera que los rabinos encuentren a los judíos con empatía, sacando como de un pozo profundo la solicitud, la aptitud para dar y la manera de hacerse presente a las personas con las cuales no tienen casi contacto de otra manera. En momentos como estos, las frases piadosas tradicionales no bastan, ni la tentativa de recurrir a una enseñanza puramente intelectual. El rabino no debe ser visto sólo como un profesionalista, sino sobre todo como una persona auténtica que se ocupa concretamente de los demás. Como sabéis, esta aptitud de estar presente sólo puede venir de vuestra vida espiritual. Una vida de entrega a los demás exige alimentarse constantemente de la presencia de Dios. Para *sostener* a las personas tanto en las penas como en las alegrías, un rabino debe manifestar la propia fuerza, que en realidad no es del todo suya sino de Dios, en quien está arraigado por la fe.

Enseñar a los estudiantes a ser rabinos, ayudar a cada uno a crecer en su vocación de rabino, como solemos decir, es enseñarlos, entre otras cosas, a cultivar su jardín interior. Esto incluye la oración, a la vez comunitaria y personal. La dirección espiritual y el acompañamiento forman parte igualmente de nuestro programa. En nuestra tradición, la vida interior se alimenta también con el estudio de las fuentes, enseñadas y discutidas de diversas maneras, con sinceridad, a fin de que la vida espiritual de cada rabino esté directamente enraizada en el texto y en el lenguaje de los siglos. No olvidéis que en nuestra tradición la Palabra que estaba con Dios desde el comienzo no se hace carne sino que permanece Palabra, manifiesta en la Torá, lo que incluye el proceso de enseñar, de aprender, y la creatividad constante de nuevas interpretaciones. En el centro de la educación rabínica encontramos el *betmidrash* o sala de estudio en donde los estudiantes, sentados de dos en dos, o en pequeños grupos, discuten los textos entre ellos.

Pero ¿cuál es la teología que une todo esto? ¿Dónde encontrar un lenguaje que evoque este sentimiento profundo de nuestra común humanidad y nos aliente a abrirnos a los demás? Me refiero

a una teología de la empatía, a una comprensión de Dios que pone el amor y el cuidado del otro en el centro de nuestro camino de fe. No existe una fe en Dios, que defino auténtica, si no nos estimula a cuidar y a hacer alguna cosa por las criaturas de Dios más necesitadas. Pero, ¿de qué modo podemos expresar este concepto en el contexto del judaísmo contemporáneo? Quisiera llevaros al corazón de esta búsqueda de lenguaje, que será también un viaje al centro de la fe judía tal como existe hoy.

No podemos comenzar con otra cosa que no sea el *Shema Yisra'el*, «Escucha Israel, Y-H-W-H, nuestro Dios, Y-H-W-H es el único» (observen que escribo las letras del nombre de Dios, que no es permitido pronunciar). Este versículo bíblico (Dt 6,4) representa la palabra clave de nuestra fe, que recitan los judíos piadosos dos veces al día, «cuando te acuestes y cuando te levantes».

La oración judía más conocida, la *Shema Yisra'el*, no es de hecho una oración. La oración es un acto a través del cual el ser humano se dirige a Dios. Es esencialmente apertura del corazón; efectivamente, la oración es llamada por los primeros rabinos, el «culto dentro del corazón». Habitualmente, pero no siempre, tiene un componente verbal dirigido al Todopoderoso. Las oraciones judías más características son llamadas *berakhot* o «bendiciones»; comienzan por la expresión «Bendito seas tú, Señor...». Pero el versículo del que hablamos se dirige a la comunidad, más que a Dios. Ésta es una traducción más completa: «Escucha, Israel». «Escuchad, hermanos judíos». «Ser, es nuestro Dios. Ser, es único»

Un poco más adelante regresaré a la palabra «Israel» en este versículo, porque es una parte esencial de nuestra charla. Pero permitidme comenzar ahora por la cuestión funcional, la gran cuestión cuando se llega a la realidad: ¿Qué diferencia presenta el monoteísmo? Un dios, diez dioses, mil, ¡qué sé yo! Nosotros, los judíos (somos los que más nos asemejamos a los musulmanes en este punto) insistimos en la unidad absoluta de Dios y estamos orgullosos de la «pureza» de nuestro monoteísmo. Pero ¿por qué debemos estarlo? ¿Cuál es el valor del monoteísmo?

El único valor del monoteísmo es hacernos conscientes de que todo lo que existe, incluso todas las criaturas – o sea la roca, la brizna de hierba en vuestro jardín, como también la lagartija y vuestro vecino de al lado- todo tiene el mismo origen. Vosotras venís del mismo lugar. Habéis sido creadas en el mismo acto de amor. Dios se complace en cada forma que emerge y le confiere Su gracia. Por esto –y ésta es la única manera de *reembolsar*, la que cuenta verdaderamente: *¡Tratadlas a todas de la misma manera!* Todas son criaturas de Dios; sólo existen en razón de la presencia divina, que es la misma que os hace existir. Realizarla os llama a *aprender a conocerlas*. *¡Aprended a amarlas!* Descubrid el único don de Dios en cada una de ellas. Vivid en la admiración delante de la luz divina extendida en toda la tierra. Esto es lo que significa ser una ‘persona religiosa’.

Dentro de la comunidad humana este amor significa, también, respeto por la diversidad y por los límites. Un espíritu místico que busca anular todas las distancias y las separaciones entre los hijos de Dios no puede convertirse en una excusa para ignorar los límites. Es fácil olvidar el respeto por la alteridad en un contexto religioso. Esto sucede, a veces, a personas llenas de buenas intenciones que están tan cogidas por ese amor que sienten dentro, que pierden el control y descubren, así, que los límites entre el agape y el eros no están tan marcados como creían. Amor y dominio de sí, las dos manos, derecha e izquierda, de Dios, deben estar bien equilibradas, sea en el cosmos como en sí mismos.

Realizo que sería más diplomático para un invitado guardar silencio sobre cuestiones dolorosas y vergonzosas que han ocurrido dentro de la propia familia. Pero considero que permanecer en silencio sería, incluso, menos respetuoso. Como amigo de vuestra grande iglesia

lloro con vosotros el dolor de todas las víctimas, incluso los sacerdotes, cuya vida ha sido arruinada por energías que han roto un profundo equilibrio. Si estoy aquí para hablar de empatía, debo en primer lugar expresar empatía por el dolor y la pérdida experimentados por los católicos de todo el mundo, en los últimos años. Esto incluye la empatía por todos los que han sido heridos por los abusos y los comportamientos incorrectos; empatía por todos los que se engañaron a sí mismos y ante los ojos de Dios pensando que podían esconderse detrás del velo de un intento de celibato; empatía por todos los que viven en la confusión, en la duda, o que han perdido la fe. Rezo porque el Señor acompañe vuestro ministerio de sanación, sanación de la vida de cada individuo y sanación de las profundas heridas infligidas a la iglesia misma. Irónicamente, vosotras mujeres que tenéis poco que ver con esta crisis, porque ha estado causada principalmente por hombres y por la psicología masculina, daréis una gran contribución a este proceso de sanación. Ciertamente rezo porque la iglesia pueda aprender de estos acontecimientos lo que es necesario a la sabiduría y al liderazgo de las mujeres para reconstruir un equilibrio, que parece difícil llegue a tantos hombres, sea en la iglesia y en todo el mundo.

Y ahora, veamos la parte controvertida de mi traducción. La tradición mística del judaísmo a partir de la cual hablo, insiste en el hecho de traducir el nombre de Dios por «Ser». Es decir Y-H-W-H, el nombre hebreo de Dios, que se ve sobre la página pero que no se osa pronunciar. La Escritura nos dice (Ex 6,2-3) que ahí está el nombre de Dios. Pero no es en absoluto un nombre propio, ni tampoco un nombre común. Y-H-W-H es una fusión imposible de todos los tiempos del verbo «ser»; en hebreo HYH, significa «era»; HWH, indica el presente, y YHYH «será». Todos están reagrupados bajo una forma imposible. Sin duda, esto debería traducirse por «Era-Es-Será». Pero puesto que es un poco incómodo decirlo cada vez, «Ser» es la mejor traducción que podemos hacer, aunque debemos comprender este «ser» trascendiendo el tiempo y el espacio.

El significado es profundo. «Dios» y la existencia son inseparables. Dios no es un individuo allá arriba, que ha creado una entidad separada, distinta, llamada, aquí abajo, «mundo». No hay dos; sólo hay uno. Los místicos insisten en llevar el monoteísmo un poco más allá que los otros.

Decir que se cree en un sólo Dios, y después representarlo como alguien viejo con una barba, sentado sobre un trono – o de otra manera, tomado literalmente – no es más que una forma concentrada de idolatría. Es como esa vieja historia que todo niño judío aprende, en la que el padre de Abraham, Terá, es propietario de un taller de ídolos. Un día debe salir y pide a su hijo que cuide el negocio. Abraham hace añicos todos los ídolos excepto el mayor de todos, y después pone un hacha en la mano del gran ídolo. Cuando Terá vuelve, recorre la pieza con la mirada y casi en estado de shock exclama: «¿pero qué le sucedió a todos mis dioses?» Abraham responde: «el gran ídolo los ha hecho trizas. «No digas tonterías», dice Terá, «sólo son ídolos». «¡Ah!» dice Abraham, y ese «¡Ah!», según se dice, marcó el inicio del monoteísmo.

Pero, ¿no habría algo importante en esta historia? ¿Cómo sabemos que nuestro Dios único no es simplemente el ídolo más grande? Si el monoteísmo es sólo una cuestión de número, no queda más que un sólo gran ídolo. Y muchas personas se quedan con esto. Lo que debe cambiar verdaderamente es la manera de ver la existencia misma. De hecho, «existencia» en hebreo, es HWYH – pronunciado *Havvayah* -, o sea las cuatro letras del nombre secreto de Dios, simplemente colocadas diferentemente. Ver a «Dios» cuando miráis la existencia pide, por así decirlo, un reordenamiento de las moléculas. Ver la GRAN imagen, en lugar de pequeñas imágenes... Dios es Ser cuando se ve como el único, cuando se ve la imagen completa. Por supuesto, nunca podemos ver este gran cuadro por completo. La suma es infinitamente mayor que la totalidad de sus partes. El misterio trascendente permanece, aun en mi teología inmanentista. Para mí, la trascendencia se encuentra *dentro de* la inmanencia. La trascendencia no se refiere a un Dios que habita «allá» en alguna parte, del otro lado del universo (que no tiene lados, ¡nos aseguran los astrónomos!). La

trascendencia significa que Dios está *aquí*, presente en este momento, de una manera tan intensa y profunda que no podemos jamás ir al fondo. *He aquí* el misterio.

Ésta es la verdad secreta. Escuchad a uno de los grandes sabios, un maestro hasídico que revela lo que sigue en una carta que escribió a sus hijos y nietos - y cito al célebre Sefat Emet, el rabino de Ger o Gora Kalwarya en Polonia:

Lo que proclamamos cada día diciendo *Shema 'Yisra'el* debe ser comprendido como lo que verdaderamente quiere decir... «Y-H-W-H es único» no significa que Él es el único Dios, negando la existencia de otros dioses (aunque esto es también verdad), sino que el sentido es aún más profundo. No hay otro ser más que Él... Todo lo que existe en el mundo espiritual y físico, es Dios mismo... Por esto, cada persona puede unirse a Dios ahí donde se encuentra, gracias a la santidad presente en todas las cosas tomadas individualmente, incluso las corporales. Basta fundiros en el fulgor de santidad... He aquí el fundamento de toda enseñanza mística en el mundo.

Por supuesto que no es tan fácil como parece. «Desaparecer en el fulgor de santidad» a fin de hacer lugar para que el Ser de Dios entre, es trabajo de toda una vida. Realizar este trabajo interior de manera sana y saludable, es el fin hacia el cual tienden todos nuestros esfuerzos.

Pero ahora necesito volver al principio de nuestra oración que no es sólo una. «Escucha, Israel». ¿Quién es Israel en esta frase? Recordad de dónde viene esta palabra. Nuestro ancestro Jacob luchó toda una noche con un ángel. ¡Un tipo fuerte, este Jacob! Incluso un ángel no logró vencerlo. Cuando amaneció, el ángel le dice: «¡Suéltame. Es la hora de cantar las alabanzas a Dios!». «Sí, sí...», dice Jacob, «pero no antes de que me hayas bendecido». Así, Jacob salió de este encuentro con un nombre nuevo: Israel, que significa «aquél que lucha con Dios».

Creo que este nombre pertenece a todos los que luchan, y no sólo a los judíos, y no solamente a los cristianos. Cualquiera que lucha con los ángeles, cualquiera que se esfuerza por dar un sentido a su vida, forma parte de una comunidad más amplia llamada «Israel». *Shema 'Yisrya'el, Y-H-W-H Eloheinu, Y-H-W-H ehad* significa entonces «¡Escuchad todos los que lucháis, los que os debatís con el sentido de la vida! Ser es nuestro Dios, Ser es ¡el único!» No miréis más allá de las estrellas. No es necesario que estiréis el cuello. Dios está aquí, llenando toda la existencia con dones sin fin. Abrid los ojos. Transformad este combate en abrazo. Encontrad la presencia de Dios en la visión unificada y transformadora de todo lo que es.

La frase «Escucha Israel», es seguida inmediatamente de «Amarás a Y-H-W-H tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas». Es una de las dos declaraciones de amor en la Torá, que Jesús os ha dicho que constituyen la esencia de la enseñanza de la Ley. Nuestros sabios se debaten desde hace siglos con el problema de saber cómo es posible mandar el amor; a saber si se trata verdaderamente de un mandamiento. El amor pide espontaneidad. Brota espontáneamente del corazón. Cuando se recita el *Shema'* en el contexto de nuestra liturgia cotidiana, siempre es precedido por una declaración del amor de Dios por nosotros. En nuestras oraciones cotidianas de la mañana, decimos «Tu amor ha sido grande con nosotros; has derramado sobre nosotros el flujo abundante de tu compasión»; y por la tarde «Has amado la casa de Israel, tu Pueblo, con un amor eterno». Así pues, primero se nos recuerda el amor de Dios por nosotros y después que estamos llamados a la unidad de todo lo que existe. Habiendo llegado a este punto no necesitamos que nos «manden» amar. El amor sube del interior de nosotros mismos como una respuesta natural y esencial para nosotros como la respiración o la palabra misma. En este caso la

traducción justa en inglés ya no es «You *shall* love Y-H-W-H your God...» sino más bien «You *will* love ...», que expresa la constatación de un hecho, más que un mandamiento.

Este principio puede aplicarse a otro amor prescrito por la Torá: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19) ¿Este amor puede también llegar a ser tan natural que ya no tengamos necesidad de sentir que es un «mandamiento», sino que surge del interior? Para dar una respuesta judía a esta cuestión, debemos referirnos a un célebre debate entre dos de los primeros rabinos, que vivieron más o menos un siglo después que Jesús, el Rabino Akiva, que también murió mártir de los romanos, y su amigo Ben Azzai. El Talmud narra que ellos discutieron ampliamente sobre la cuestión: «¿Cuál es el principio fundamental de la Torá?» ¿Cuál es la enseñanza sobre el amor por la cual existe todo el resto del judaísmo? Akiva tenía una respuesta lista: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19,18). En el judaísmo, Akiva fue el más grande abogado del camino del amor, aunque debería decir más bien, que él comparte este honor con Jesús de Nazaret. Akiva insistió en decir que el Cantar de los Cantares debía verdaderamente ser incluido en la Escritura Santa; él lo llamaba el «Santo de los Santos», pronunciado por Dios e Israel en el Monte Sinaí. La historia del amor del Rabino Akiva y de su mujer es una de las narraciones verdaderamente románticas de la literatura rabínica. Así mismo, la narración de la muerte de Akiva; mientras era torturado por los romanos, se dice que exclamaba: «Ahora comprendo el mandamiento de amar a Dios con toda el alma; incluso si Él toma vuestra alma, vosotros le amaréis». Por lo tanto no es sorprendente que se diga que Akiva consideraba el amor como la ley más fundamental de la Torá.

Pero Ben Azzai no estaba de acuerdo. Él declaraba: «Yo tengo un principio aún más grande que el tuyo». Y citaba Gn 5, 1-2: «el día en que Dios creó los seres humanos, los hizo a semejanza de Dios; hombre y mujer los creó». Y dijo que ahí estaba el principio más fundamental de la Torá. *Todo* ser humano es la imagen de Dios, dice Ben Azzai a Akiva. Algunos humanos son más fáciles de amar, otros más difíciles, Algunos días vosotros sois capaces de amarlos, otros días, no. Pero vosotros debéis, no obstante, reconocer a todos y tratarlos como imagen de Dios. El amor es un pedestal demasiado inestable para que pueda sostener toda la Torá. Es muy peligroso basar el mundo sobre el mandamiento del amor. Quizás Ben Azzai veía también que el principio de Akiva podría ser restringido, concebido únicamente en relación a vuestra comunidad. Después de todo, «*vuestro prójimo*» podría designar simplemente a vuestro correligionario judío; o bien vuestro correligionario católico; o aquél que comparte vuestra piedad, vuestra buena conducta. ¿Y el desconocido, entonces? ¿El pecador? ¿Y vuestro enemigo? El principio de Ben Azzai no deja lugar para excepciones, puesto que se remonta a la creación misma. No es solamente «tu gente» sino todos han estado creados a imagen de Dios.

Una vez que tenemos un principio de base, o incluso un grupo de principios de base, disponemos de un modelo para evaluar todas las otras leyes y prácticas, enseñanzas e ideas teológicas. Esta idea particular o esta enseñanza particular ¿nos ayuda a ver la parte divina en cada persona? Esta interpretación de nuestra Escritura ¿podría ser obstáculo? ¿Podríamos interpretarla diferentemente, de una manera más acorde con nuestro principio de base? Existe un fundamento judío que permite levantar cuestiones importantes y que debería ser más utilizado en nuestros días por aquéllos que dan forma a nuestro *halakhah* y a vuestro derecho canónico. Tomemos el *ketal gadol*, el principio de base que significa «es por esto que todo el resto existe», principio de animación que sostiene toda nuestra vida religiosa. En este caso, toda forma de judaísmo que se aleja de su tarea –hacer que todos los seres humanos lleguen a ser lo más plenamente posible la imagen de Dios y sean considerados como tales, es una deformación de la religión. Este reto constante requiere que en cada generación se *amplíe el círculo* de los que consideramos plenamente humanos, portadores de la imagen de Dios, a la vez que tratamos de ampliar los confines de lo sagrado. *En la medida en que encontremos la imagen de Dios en una parte, cada vez mayor, de la humanidad, nos abriremos aún más a la presencia de Dios.* Encontrar a Dios en todos los seres

humanos no es una tarea pequeña. Podríamos pasar en ello toda la vida, y no llegar a ser perfectos en arte, sin embargo las invito a unirse a mí en esta tarea.

La voz moral del Judaísmo comienza con la creación. Nuestra enseñanza más esencial, la enseñanza por la cual el judaísmo necesita existir todavía, es nuestra insistencia en el hecho de que cada ser humano es la imagen única de Dios. «¿Por qué Adán ha sido creado solo?» pregunta el Mishnah. «Para que cada persona no pueda decir: ‘mi padre era más grande que el tuyo». ¡Cómo el Creador es grande! Un rey humano hace acuñar unas monedas en una prensa y todas son iguales. Pero Dios nos acuña según el molde de Adán, y ¡no hay dos seres humanos semejantes!» Se tiene necesidad de cada uno de nosotros, los humanos, como imagen de Dios; y ninguno puede ser reemplazado por otro. Es así de simple.

Una vez escuché preguntar a mi gran maestro Abraham Joshua Heschel: ¿Por qué la Torá prohíbe las imágenes grabadas? ¿Por qué la Torá se preocupa tanto por la idolatría? Se podría pensar que es porque Dios no tiene imagen, o porque toda imagen de Dios es una deformación. Pero Heschel leía los mandamientos de manera diferente. “No”, dijo, “Es precisamente porque Dios *tiene* una imagen que los ídolos están prohibidos. *Vosotros* sois la imagen de Dios, y vuestra única manera de modelar esta imagen es emplearla *toda vuestra vida*. Tomar alguna cosa que es menor a un ser humano que vive y respira, y tratar de crear la imagen de Dios a partir de eso, disminuye lo divino, y es considerado como una idolatría”. Vosotros no podéis *fabricar* una imagen de Dios; vosotros sólo podéis *ser* la imagen de Dios.

Vuelvo ahora a la cuestión de la empatía. Para comprender la empatía, lo veréis ahora, propongo una teología donde la alteridad no es absoluta. Al fin de cuentas, todos participamos del Único; somos encarnaciones de la misma presencia divina. Atrás de la máscara del otro, el carácter único del Creador se encuentra reflejado en la obra. La empatía significa, *a la vez*, abrazar a cada uno en su diversidad y percibir más nuestra unidad.

Vosotras tenéis dentro de vuestra tradición un lenguaje genial para expresar esto; vosotras habláis del Cuerpo de Cristo. Nosotros hablamos de la imagen, o incluso, del cuerpo de Adán que nos incluye a todos. Pero surge una cierta confusión en torno a estos conceptos. La expresión “el Cuerpo de Cristo” ¿incluye solamente a los que pertenecen a la iglesia, o abarca a toda la comunidad humana y al mundo entero? Por supuesto que es a vuestros teólogos responder a esta pregunta, no a mí. Nosotros tenemos una versión diferente del mismo problema. Nosotros permanecemos un pueblo distinto, una entidad étnica, y al mismo tiempo una comunidad de fe. Insistimos en el hecho de que podemos ser los dos a la vez. Pero entonces, ¿en qué medida somos exclusivos? Nuestras oraciones están llenas de llamados a Dios para que nos bendiga “y a todo el pueblo de Israel”. ¿Rezamos sólo por nosotros? ¿Y el resto de la humanidad? ¿Rezamos también por ella?

Durante largos siglos, el judaísmo no ha sido una tradición evangélica. Particularmente en razón del éxito del cristianismo y del hecho de que los regímenes cristianos e islámicos prohíben la conversión al judaísmo, no hemos trabajado para transmitir nuestra tradición a otros, nos hemos concentrado en nuestra supervivencia. Sin embargo, nuestra preocupación permanece universal. Queremos, no que toda la humanidad abrace el judaísmo sino que viva de nuestras verdades más esenciales, es decir, del carácter único de Dios y de la convicción de fe de que cada uno de nosotros, cada persona sobre la tierra, lleva en sí misma la imagen de Dios. Éste es nuestro mensaje para la humanidad.

Éste es el gran combate en el judaísmo, hoy. ¿Cuál es la amplitud de nuestro círculo de empatía, de compasión? ¿Somos capaces de abrir ampliamente la puerta de nuestro corazón para

incluir a toda la familia humana, e incluso en el interior de ella, a la familia más amplia de todos los seres naturales, sin perder nuestro sentido distintivo de la historia y de la identidad étnica? ¿El amor que tengo por mi comunidad es un amor que me anima a abrirme más, a abrazar en ese amor círculos cada vez más amplios? O bien, ¿esto me corta necesariamente de los demás creando un círculo de exclusividad, fuera del cual permanece la mayoría de la humanidad?

Los judíos y los cristianos somos los descendientes espirituales de los profetas, que fueron revolucionarios religiosos. Era necesario que defendieran firmemente el carácter único de su mensaje. El Dios en nombre del cual hablaban era *completamente diferente* de todo lo que podía ser adorado en el mundo pagano. Se burlaban de las divinidades de los paganos. “Ellos tenían ojos y no veían, tenían orejas y no oían, tenían nariz y no olían... Como ellos serán aquéllos que los hacen, cualquiera que pone en ellos su fe. Casa de Israel, pon tu fe en Y-H-W-H” (Sal 115,5-6 ; 8-9). Las naciones del mundo antiguo tenían, todas, sus dioses. Estaban separadas unas de otras, y casi no se preocupaban de la gente del exterior. Proclamando un sólo Dios, los profetas hablaban también a un mundo único y a una familia humana. Esto exigía tener, verdaderamente, la preocupación por el otro, que después de todo, no es tan “otro”.

Como todas las revoluciones, ésta deja una herencia compleja. Proclamaba que sólo nosotros teníamos la verdad. En este salmo, “Israel” son todos los que ponen su confianza en Y-H-W-H y no en otro. Cuando la iglesia afirmó que heredó este manto llegando a ser un “nuevo Israel”, heredó también esta zona de sombra del exclusivismo. Sí, el cristianismo ha hecho derribar los muros étnicos; todos los pueblos han sido acogidos en la nueva iglesia. Pero ha reemplazado los muros étnicos por muros teológicos o rituales; la cristiandad ha llegado a ser la comunidad de los bautizados o de aquéllos que comparten una fe bien definida.

Ambos tenemos necesidad de luchar contra esta herencia de exclusivismo. Vosotros podéis culpar al antiguo Israel y a sus profetas de haber comenzado, pero la iglesia lo ha heredado y lo ha puesto en juego al punto que los judíos hemos sido considerados como extraños. Pero ahora no estamos en ese tiempo. El mundo ha llegado a ser demasiado pequeño. Vivimos todos codo a codo, y la necesidad es muy urgente. Necesitamos trabajar lado a lado para afrontar los grandes retos que se nos presentan; y entre ellos, la degradación del espíritu humano en nuestra cultura moderna profana, la fascinación sin fin del materialismo egoísta y las grandes injusticias que lo engendran, y hasta la preservación de nuestro planeta mismo como una casa destinada a albergar unas formas de vida superiores. Todos estos retos constituyen el trabajo real de las personas religiosas y de las comunidades, y nosotros debemos unirnos para hacerles frente. Para hacerlo, necesitamos volver a “Y-H-W-H es el Único” y a la exigencia de amor universal que esta realidad implica. Esto representa la enseñanza de lo mejor de nuestras dos tradiciones.

Para nosotros, los judíos, la lucha contra el exclusivismo toca otra cosa que nos interesa mucho. Me dirijo a vosotras, en esta década en donde los últimos sobrevivientes de nuestro terrible holocausto están por terminar su tiempo aquí, sobre la tierra; el momento en que su memoria torturada por el sufrimiento se transformará en historia “pura y simple”. Nosotros nos debatimos cotidianamente con la cuestión de la herencia del Holocausto, de la muerte de un tercio de nuestro pueblo y de la destrucción de tantos recursos culturales y espirituales. ¿Qué enseñanza debemos sacar de este terrible acontecimiento? No creemos que haya sido Dios quien nos ha castigado así; creemos que fue el hecho del mal existente en el hombre. Sin embargo, necesitamos sacar enseñanzas, debemos buscar el mensaje de Dios ahí, como en todo. Muchos judíos piensan que el mensaje es claro. ¡Nunca más! significa que la sangre de los judíos no está en rebaja. Nos defenderemos, tomaremos medidas preventivas contra nuestros enemigos, y no permitiremos jamás que los judíos sean víctimas. Los mejores entre los sobrevivientes, incluso Heschel y Elías Wiesel, que les sea acordada la bendición de una larga vida, comprendieron que ¡nunca más! quiere decir

que no permitiremos jamás otro genocidio en nuestra única familia humana, que tomaremos la defensa de todos los que sufren. Como lo sabéis, la historia no nos ha facilitado las cosas para hacerlo. Pero nunca se nos ha prometido que sería fácil.

Vuestra iglesia ha dado grandes pasos en apertura de espíritu, en parte para responder a este terrible acontecimiento. El espíritu del Vaticano II, y especialmente las palabras de *Notra Aetate*, nos han dado a todos la gran esperanza de que la catolicidad o universalidad más verdadera de vuestra fe encontraba ahí su plena expresión. Muchos de nosotros, incluso yo mismo, sacamos lecciones y nos hemos inspirado en la capacidad de vuestra iglesia de arrepentirse, de crecer, y de cambiar, permaneciendo fieles a vuestra identidad. Os exhorto con todo mi corazón a proseguir en este camino de crecimiento sin caer en compensaciones para vuestro corazón o vuestra enseñanza. Y puedo asegurarles que yo mismo, junto a mis colegas y estudiantes, rabinos presentes y futuros, luchamos a vuestro lado para que también nuestra tradición incluya a toda la humanidad. Nosotros, personas de fe, nos necesitamos mutuamente para contribuir a la sanación y a la reparación de las personas que en nuestra comunidad, de algún modo, están en extrema necesidad. Sostengámonos y ayudémosnos recíprocamente en esta tarea. No dejemos que el peso de la historia o cuestiones antiguas sobre el acceso exclusivo al Reino de Dios, nos dividan. El reino de Dios acoge a todos los seres humanos, y nos incluye a todos, con nuestras diferencias.

*Asamblea Plenaria UISG
Roma, 10 de mayo 2010*